

LAS SORPRESAS OCULTAS DE LA AGRICULTURA

No conozco a ninguna persona en este mundo que no sea agricultor y Manu Arteché no iba a ser menos, a pesar de sus casi cincuenta años en el oficio.

Manu es un periodista con bastante oficio y olfato de sabueso que trabaja en El Heraldo casi desde que las cosas tienen nombre. Su especialidad es una especie de crónicas, precisas y muy documentadas, sobre el palpito de la actualidad local que gozan de bastante popularidad entre los lectores. Manu, cuando el nivel de bourbon sobrepasa la línea imaginaria que une ambas cejas, suele jactarse de ser quien más al corriente está de cuanto acontece en la ciudad. Y, aunque pueda parecer manido, lo que dice es absolutamente verdad.

Su pasión por el periodismo es tal que todo lo demás en su vida adopta inmediatamente un papel secundario. Su figura cansina de viejo diplodoco de las redacciones sólo se conmociona cuando tiene delante de sus ojos vidriosos una buena historia o cuando ejercita con una naturalidad asombrosa el viejo mantra de la profesión de mimar a una fuente valiosa.

Todo lo que sabe del oficio lo aprendió rastreando los trabajos de otros, aplicándose con quienes incluso jamás fueron capaces de enseñarle nada. El periodismo tiene mucho de constancia pertinaz, solía decir cuando todos abandonaban la redacción y le recriminaban que él continuara allí, inclinado sobre su vetusta máquina de escribir, perfilando con paciencia de monje el retrato del ayer que al día siguiente mostraría a los ojos de los lectores.

Había tenido buenos maestros y la suficiente paciencia para aguantarlos durante años, hasta que dominó a la perfección los entresijos de un oficio tan antiguo como el inicio de los tiempos. Era de la vieja escuela, aquella que nunca pisó una universidad y que se fraguó arrebatándole las historias a la vida en plena calle, para luego forjarlas a base de tabaco y whisky en los rincones lúgubres de las redacciones una vez implantada la noche.

Sin embargo, Manu Arteché acaba de descubrir, tantos años después, que existe un pequeño matiz en todo esto que se le había escapado, un aspecto que, cuando a él mismo le tocó vivirlo, le había pasado por completo desapercibido. Ahora que estaba más cerca de abandonar para siempre la redacción que de otra cosa.

Porque lo que no le había enseñado nadie en todo este tiempo era que, la tarde frenética que le endilgaron al novato Joaquín Valvanera como adjunto, para que fuese aprendiendo con miras a sustituirle en su próxima jubilación, el tiempo le estaba gastando una broma macabra.

A partir de aquella visita acompañado del director, Valvanera se había convertido en su sombra allá donde quiera que fuese. Lo enseñó a moverse con soltura de felino al acecho por entre los laberintos del archivo documental del periódico en busca del dato preciso, pateó con él las calles más recónditas de la ciudad con el olfato avizor para que aprendiera a pastorear la noticia fresca hasta el redil de la redacción, lo inició en el arte milenario de saber distinguir y clasificar las fuentes como si de mariposas disecadas se tratase y a mimarlas en el tiempo y la distancia para que siempre se conservasen disponibles, corrigió y le hizo repetir los artículos tantas veces como creyó necesario, hasta que sus crónicas alcanzaron tal nivel de exquisitez que casi era imposible distinguirlas de las suyas propias. También aprovechó la docencia impuesta para dejarle claro que la redacción de un vetusto diario de provincias era lo más parecido a una jungla salvaje incrustada en plena civilización y que, a pesar de la mitología del oficio, la verdad rara vez tiene más de una cara.

Tras más de un semestre aplicando en Valvanera el viejo lema del oficio de que la letra con tinta entra, llegó a la conclusión de que el muchacho estaba listo y preparado para caminar solo y se descubrió ilusionado ante la nueva perspectiva de pasar a ser un jubilado holgazán por el resto de sus días de

manera inminente. Incluso se permitió el lujo de recoger la miríada de objetos inservibles que se esparcían por su anacrónica mesa para dejársela en herencia a manera de agradecimiento.

Con ese estado de ánimo se presentó en su despacho ante el director para darle la buena nueva. Justo en el mismo lugar donde el tiempo caprichoso le aguardaba paciente para propinarle el regate antológico que le volviera a poner los pies sobre la tierra. Porque lo que Manu Arteché, viejo plumilla de El Heraldo curtido en mil historias y avatares, no podía imaginar en aquel momento era cuán similar es el antiguo oficio de contar historias con el de agricultor.

Tan sólo las palabras ácidas del director, anunciándole que a Valvanera lo acababa de fichar la competencia en una artera maniobra de despacho, lo desplomaron de golpe sobre la realidad y fue justo entonces cuando se percató de que contra lo único que no estaba vacunado en este oficio de mierda es que a última hora pudieran venir los pájaros a levantarte la cosecha. En ese preciso momento, una sonrisa sarcástica se apoderó de su rostro agrietado mientras se desvanecía para siempre ante sus ojos el sueño inalcanzable de una jubilación pronta.

Por eso no puedo tener más que agradecimiento por todo cuanto Manu Arteché me enseñó durante todo este tiempo.

Gregorio Verdugo